

el ministerio desempeñado por Colón en la Historia Universal, y sobre el servicio prestado primero á España y después á la Humanidad con su descubrimiento, cuando por todas partes pululan los conjurados adrede contra su gloria, empeñadísimos á una en buscar entre las fábulas, y las leyendas y las tradiciones de un continente tan vasto como América, cualquier precursor que obscurezca la gloria y que anule la obra del sublime profeta. No puede negarse y desconocerse primeramente que hay un fondo común humano en todos los pueblos, verdaderamente supraesencial á ellos, y un desarrollo graduado de su inteligencia en fases y de su vida en momentos, y que les presta muchas analogías entre sí como los armoniza y las junta en concordancias continuas. No hay libro en las letras modernas tan curioso, cual el célebre de mi sabio amigo, el italiano Ferrari, en cuyas páginas demuestra cómo la inaccesible China, en su soledad y en su aislamiento, se afecta de creencias, de aspiraciones, de ideas, de revolucionarios períodos y de períodos retrógrados, muy semejantes á los de nuestra Europa, y á veces hasta con los de nuestra Europa coincidentes. El hábito de la imitación que viste á las clases acomodadas con el mismo corte de traje desde Moscou á Cádiz, y que pone á la moda en tres lustros cosas tan dispares como los postreros libros de Hugo y los primerizos de Zola, demuestra la existencia de un general contagio, análogo al contagio de los miasmas en el aire y de los microbios en el agua, contagio en las costumbres y en las ideas corriendo éstas como impedidas por los huracanes y por los oleajes y por las corrien-

tes misteriosas desde un polo á otro, por modo extraño, apenas explicable, y por una virtud misteriosa y parecida de suyo al magnetismo polar y á las profundas corrientes oceánicas, que traen lejanos efluvios al aire nuestro arriba y en lo profundo al trópico y sus abismos los deshielos del Norte. Además, en sus comienzos todos los pueblos de la tierra se parecen, como en la célula ó el germen se parecen todos los individuos de una especie. Y precisa creer que así como África y Europa estuvieron unidas por el istmo que rompió Hércules, como Asia y África por el istmo que ha roto á nuestra vista Lesseps, el nuevo continente se halló unido con el viejo continente por un anillo tan precioso cual esa inmortal Atlántida de Platón, sobre cuyas cumbres pone la Historia diariamente un recuerdo y un esmalte la poesía. Como en el Peñón de Gibraltar se tropieza con los monos antiguos de África, en la isla de Cuba se tropieza con los fósiles continentales de América, y nadie ha podido penetrar, sino por indicios y por indicaciones, en el misterio impenetrable todavía de la ciencia prehistórica. Nuestros mismos escritores nacionales, Gomara, Herrera, el consultado Acosta, y tantos y tantos otros debían dar muchas armas á los enemigos de la prelación española en el Nuevo Mundo con el neurótico empeño de hallar fenicios en lo más apartado de las edades americanas, como se hallan fenicios en lo más apartado de las edades hispánicas, así como con la otra manía de rastrar estelas recordatorias de algunas tradiciones bíblicas y cristianas, que demostrasen la unidad del género humano correspondiente á la unidad del

Dios Criador y la penetración en todas partes de las revelaciones católicas y la universalidad de nuestra redención. Así, rival de Colón en el descubrimiento de América un Votan fenicio, admitido y casi criado por los historiadores hispánicos; rival un chino llamado Shin, que describe los territorios de Insang, los cuales no tienen analogía de ningún género con América, y, sin embargo, muchos americanos quieren que sea Méjico; rival un Kublai, mogol, que armó naves contra las costas del Japón y dieron en las costas del Perú.

Mayores títulos tiene para considerarse precursor el normando Erico Rojo y su heredero sucesor Leif. Habremos de convenir en que desde Bergen, en Noruega, unas veces, y otras veces desde Islandia, en viajes cortos y fáciles, llegaron hasta territorios adscritos á lo que podríamos llamar el sistema americano, cual denominamos al conjunto y suma de los planetas con su sol sistema solar. Pero el arribo y estada en Groenlandia, donde principalmente se asentaron estos normandos, territorio clasificable sólo como intermedio entre los dos continentes, puede tener algún viso de aproximación siquiera con las expediciones reveladoras del Nuevo Mundo en período como el que personifica la gigantesca figura de Colón, el revelador? Y sin embargo, el entusiasmo por la novedad, rayana en extravagancia, de tal modo trastorna el sentido de las gentes, que un yankee, menospreciador del grande hombre, á cuyo estudio y á cuya intuición debe la humanidad el hallazgo de América, se ha creído en el caso de levantar magnífico monumento y aun estatua colosal á

los primeros normandos que han querido arrogarse, por haber estado en los arrecifes anteriores ó en costas polares de América, el privilegio y el prestigio de su invención. No queremos hablar de aquellos que desde las plazas normando-francesas reclaman también la prioridad en el descubrimiento por varias arribadas forzosas á tierras no bien definidas, y amén de esto, nos intentan una reclamación por la paternidad de Pinzón para su tierra; y atribuyéndole toda la gloria del descubrimiento, y atribuyendo este descubrimiento á ciencia y experiencia logradas allí, dispútanos gloria tan española como la gloria subsiguiente á hecho tan trascendental como la invención de América. En derecho se tacha con mucha razón y con mucha oportunidad á los que requieren tales cosas, y entablan demandas tales, y urden pleitos tan infundados de litigantes impertinentes. Igual digo del viaje de los hermanos Zenos. Familia noble y aventurera de Venecia, pudieron muy bien fletar un buque y zarpar de las lagunas en pos de islas y aventuras congruentes con los gustos de aquella maravillosa ciudad, parecida en sí á misteriosa nave anclada por el Mediterráneo y henchida de riquezas. Pero el relato de las empresas cumplidas y de las aventuras encontradas por los Zenos, se publica muchos años después de su realización y tras haberlo roto una mano inhábil y recompuéstolo sin destreza y competencia. Salieron, mucho antes que naciera Colón, del Véneto; entraron por el Estrecho de Gibraltar en el mar Norte de nuestra Europa; y perdidos entre las costas boreales de Escocia que miran á Noruega; un pirata, especie de caballero

feudal en las aguas, con reino tan incierto como las nieblas y tan vago como las ondas, los impele por un camino paralelo al camino de los normandos hacia América, y les pide un relato que hacen, y cuyo principal encuentro resulta la calefacción de un monasterio en tierras frigidísimas, que los sabios conjeturan pertenecientes al polo americano, por lo menos al territorio más hacia el Norte del inmenso Canadá. He ahí los precursores lejanos de Colón.

En cuanto á los próximos, nunca se recató de mentarlos Colón, y nunca en su vida calló el auxilio recibido de ellos, y las noticias en sus precedentes y anteriores trabajos por él cosechados. Muy dado á escribir, pues lo habilitaba su complexión artística y científica para toda clase de trabajos intelectuales, había resumido en una relación, de la cual se hallaban fragmentos así en la *Historia* de su hijo Fernando como en la *Historia* del P. Las Casas, cuantas industrias debía en su labor á los encontrados en el camino de sus investigaciones. Los horizontes occidentales de Madera y las Azores, de Guinea y el Río de Oro, donde había estado tantas veces, fingían islas de refracciones solares y de vapores acuosos, muy dispuestas para en su inteligencia despertar ideas sobre las por él adivinadas y en su corazón avivar la esperanza de los encuentros en gloriosos viajes. Y cuando más contrariado se hallaba por las resistencias, ó por las negativas, ó por la burlas, ó por los menosprecios, más necesidad tenía de compilar los estudios en que fundaba sus proyectos como sus promesas, y con mucha razón veía

en el acto de redactar y escribir todo aquello que le pasaba por las mientes un comienzo de realización verdadera. Dotado con genio creador y espíritu crítico al par, veía en los primeros momentos de presentársele un plan ideal su realización inmediata, como cosa muy hacedera y fácil; pero así que paraba en él mientes, y acudía con frialdad al propio juicio, el observador profundo se mostraba en su naturaleza complicadísima, y desechaba con el raciocinio lo recibido con el sentimiento. Así no atendió mucho al flamenco Leme, muy emperrado en que había descubierto tres islas á cien leguas de las Azores, que no podían ser sino escollos y arrecifes. Igual concepto le debió merecer la busca y requerimiento de aquella isla de las Siete Ciudades, perdida en tradiciones de viejas añoranzas, que Fernán Téllez, mayordomo de una hija del quinto Alfonso de Portugal, creía ver en los mares de Occidente, y sobre la cual pedía y alcanzaba un título de legítima posesión y gobierno. Más fijaría su avizora mirada espiritual el proyecto de Dulmo, capitán en la Madera, el cual, amén de permiso para ir á las Siete Ciudades, requería permiso para buscar la tierra firme que pudiese haber hacia las líneas occidentales extremas del Océano Atlántico. Y si llegó á entender que Dulmo se había confabulado con un tal Torres y cedídole, á cambio de que buscara dos carabelas prontas al viaje, una media participación en el producto, mucho y muy buen ojo abriría en escudriñamiento de todas aquellas cosas reales, tan en armonía y consonancia con sus interiores y callados y personalísimos proyectos. Por aquello de que un

ideal apercibido y preparado para su realización se cumple á despecho de todos los obstáculos, tantas concesiones, tantos planes, cédulas de tan diversos orígenes y caracteres, iba allanando las vías del descubridor y poniendo, como en los celajes del mar fantaseadas islas, en los celajes del pensamiento y del espíritu seguras promesas. Así, un Diego de Tiene anduvo ciento cincuenta leguas al oeste de Fagal, topando á la vuelta con una isla, que llamó de las Flores, y luego, recalando en la verde y hermosa Erín de los celtas, ó sea en Irlanda. Harrise, tan diligente de suyo en estas investigaciones, tan exacto y hasta prolijo en certificarlas, reconoce que no hay razón para creer en la existencia del señor Tiene, y lo sentado respecto de él no es, en suma, otra cosa que lo sabido respecto del verdadero descubridor de la isla de Flores, que se llama Teire. Todo esto conduce muy lógica y muy seguramente á ir entendiendo cómo se va despertando en el alma de Colón poco á poco una certidumbre tal de su proyecto, que raya en la evidencia, prestándole una seguridad en su cumplimiento, que no le desconcierta ni en los desdenes de Portugal, ni en las reprobaciones de Córdoba, ni en el sepulcro de la Rábida donde parecía enterrarse vivo con su pobreza y su desesperación, ni en la fuga de Santa Fe desahuciado, ni en los obstáculos al aparejo de las naves, ni en los terrores de la tripulación, porque aquel hallazgo milagroso en el espacio no era ninguna otra cosa, en suma, sino una objetivación de la idea que llevaba en el espíritu.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de recordar to-

dos aquellos que aspiran á una competencia con Colón en el descubrimiento y que toman el título y nombre común de precursores. Las expediciones más frustradas y equívocas se han elevado á rayos de alba prometiendo el nuevo sol revelador de una nueva creación. Pretensiones al descubrimiento de Venecia, pretensiones de Normandía, pretensiones de Noruega ó Escandinavia, pretensiones de la vieja Escocia, pretensiones también de Inglaterra, de Irlanda, de Polonia, que no hemos todavía mencionado. Corrían los años en que nuestro descubridor más pugnaba por la reivindicación de provechos y títulos así como por el recabamiento de carabelas y medios indispensables á una empresa, la cual veía él realizada en sus cálculos de matemático y en sus presentimientos de adivino. El mayor nauta de Inglaterra entonces, Tomás Lloyd, había zarpado de Brístol en velera y bien dirigida barca con propósito de explorar y recorrer el occidente de Irlanda, donde le habían asegurado existir oculta é ignorada, pero espaciosa é importante isla. Nueve meses anduvo de un lado para otro, como si fuera, no ya mareante, verdadero pez; pero nada pudo invenir, y tuvo que retirarse al azote de una tempestad, cuyas ráfagas amenazaban sumergirlo y destruirlo en lo profundo. Esto, contenido en manuscritos de la Biblioteca de Cambridge y publicado por la diligencia de investigadores y sabios americanistas en el cuerpo de sus libros, ó en las notas, ha bastado para que le hayan salido al viaje de Colón otros anteriores ó coincidentes, los cuales hubieran sido á la verdad olvidados, si la fortuna del descubridor

no los pone de relieve y de bulto en la humana historia. Para comprender hasta dónde se ha llevado el deseo de dar importancia y renombre á cualquier tentativa de invención y descubrimiento, baste recordar la existencia de una, generalmente atribuída en los libros al esfuerzo de un piloto polonés, quizás creado por una equivocación de nombres en Gómora. Mas, ¿quién puede, por ejemplo, negar que los marineros de la costa cantábrica trabajaban de antiguo en grandes y audaces pescas del bacalao y de la ballena? ¿Quién puede negar que para conseguir tal pesca necesitaban los cántabros y vascones mareantes acostarse á las aguas boreales del Nuevo Mundo fronteras de la inmensidad del mar con sus aguas? Dominando los balleneros de las playas polares el mar glacial europeo, habían por fuerza de ir nuestros marinos del Norte al mar glacial americano. Las ordenanzas marítimas y los fueros municipales de San Sebastián, dados en pleno siglo duodécimo; las armas de tantos pueblos costeros, blasonadas con arpones; varias cartas del Rey Santo á estos pueblos marinos demuestran con probanza irrefragable que la pesca de los grandes cetáceos y del gustoso bacalao constituía una especie de universal oficio en aquellos apartados siglos. Y no solamente pescaban la ballena: ejercían todas las industrias provenientes de tal pesca, como las boquinas ó barbas del cetáceo, conmemoradas en pactos de tregua pertenecientes al siglo décimocuarto, y convenidos con los pueblos marítimos á ellos cercanos de Inglaterra y Francia. Así, vascongados eran muchos de los tripulantes que acompañaron á Juan de Bethen-

court en el descubrimiento de las Canarias, cuya conquista llevaron á término, según Henao en sus *Antigüedades de Cantabria*, un cántabro como Alonso de Múgica, en compañía de un andaluz como Pedro de Vera. Así, no es mucho que generalmente se crea por todas las provincias vascas motivo determinante del arresto de Colón á penetrar en el Océano tenebroso las noticias comunicadas en Madera por la tripulación de un barco vizcaíno, á quien las corrientes y las brisas arrastraron en espacios oceánicos, donde pudo, de manera confusa, pero certísima, husmear la existencia de un grande y numeroso archipiélago hacia Occidente. Así, por lo menos, dos escritores como Solorzano, en sus *Tratados de las leyes de Indias*, y Garibay, en su *Historia de España*, lo aseguran, merced á indicaciones más ó menos claras del historiador Oviedo. Al siglo décimocuarto elevan los conocedores de las letras vascuences el conocimiento de todas aquellas costas del banco de Terranova, donde se produce con tan grande abundancia el bacalao; y á uno de los suyos, á Echaide, atribuyen la fundación de una colonia pescadora conocida con el nombre de Echaide-Portu, cuyos hechos gloriosos de consuno certifican así las tradiciones constantes como las cédulas múltiples de Carlos I y Felipe II, fundadas en la certeza y legitimidad de tal invención.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de recoger cuantas pretensiones pululan por todas partes requiriendo la prelación en el hecho y la coincidencia con el hecho de Colón, alrededor de quien gravitarán siempre todas las